

Un lenguaje que no cesa

Gema Areta Marigó

La poética de la ambigüedad que en el siglo XX encontró imágenes de movimiento tan hermosas como ese "subir para abajo" de Vallejo o la altura y caída de Altazor, en realidad ejemplifica un proceso de construcción de mundos cuyo relato comenzó en 1492. Desde entonces Hispanoamérica se mostró principalmente a través del equívoco de dualidades no resueltas o que alcanzan su verdadero significado en la confusión, entendida como mezcla de lo diverso.

El encadenamiento de las voces coloniales presenta las infinitas variables que alcanzó lo confuso, cuya historiografía refleja tanto la presión de un discurso soberano como la dificultad en uniformar todas sus versiones. La yuxtaposición se convierte en el mecanismo configurador del juego de los signos: lo que se ve y lo que se quiere ver produce esa inestable visión de las Indias que la lengua de Cristóbal Colón reproduce y convierte en primerísimo emblema.

Sin embargo, para llegar a esta ficcionalización de la realidad americana, la lectura de los **Diarios** del descubrimiento ha tenido que asumir primero la yuxtaposición lingüística de un mercader genovés en Lisboa, aprendiendo un castellano que, cargado de lusismos, se convertiría en su lengua adoptiva de cultura⁽¹⁾; y después la superposición de escrituras, cuando sin originales dependemos de las copias y resúmenes realizadas por su hijo Hernando y Fray Bartolomé de Las Casas.

El descubrimiento de América provocó además de un apasionante conjunto descriptivo, un ensayo de nombres que, desde diferentes marcos de referencia, convirtieron su unidad en algo tremendamente ambivalente o neutral. Los términos del vocabulario empleado se corresponden tanto con la percepción de los hechos como con su asimilación, cuyo lento proceso J.H.Elliot justifica por los evidentes límites al comenzar el catálogo de los conocimientos de América: curiosidad e utilidad⁽²⁾.

Alejandro Cioranescu situaba la evolución del arte de la descripción americana en un proceso que iba desde el universo unidimensional o por categorías del Medioevo hacia la individualización y singularidad de los objetos. En un principio "la novedad viene a ser un

conjunto nuevo de detalles antiguos"⁽³⁾, una asimilación con lo ya sabido que curiosamente por su imprecisión suele crear alrededor de los hechos un ambiente de maravilla e incredulidad. Luego tras la utilización de americanismos (conservar a la realidad americana su nombre americano), los escritores aprendieron a distinguir las funciones específicas de los objetos que consiguieron tener una vida propia y matizada. Se alcanzó entonces una novedad de casos aislados, donde el espíritu de observación provocaría un cambio fundamental en los instrumentos del conocimiento.

En primer lugar deberíamos centrar la extraña novedad de lo ya sabido en la hermenéutica colombina, donde lo nuevo que se conoce depende de un saber a priori. El "secreto de Colón" permite no sólo plantear un predescubrimiento sino fechar el principio de la nominación occidental de América cuando alrededor de 1478 y en Madeira, un piloto desconocido al regresar de unas tierras que casualmente había descubierto en la orilla opuesta del Océano unos meses antes, le confiesa poco antes de morir su hallazgo a Colón. Como expuso en su admirable estudio Juan Manzano, el relato del piloto anónimo fue incorporado por el genovés a su obsesivo proyecto de alcanzar por el Oeste un camino nuevo al Oriente asiático, llegar a la fabulosa isla de Cipango y establecer contacto personal con el Gran Khan, poderoso señor del Cathay⁽⁴⁾. La identificación de las tierras descubiertas con las regiones de la India Oriental se realiza en un segundo momento, utilizando los conocimientos adquiridos en la lectura de la **Imago Mundi** (1480-83) del cardenal Pierre d'Ailly, la **Historia rerum ubique gestarum locurumque descriptio** (1477) de Eneas Silvio Piccolomini, la **Historia Natural** de Plinio en versión italiana de 1489 y la carta y el mapa que Paolo dal Pozzo Toscanelli envió el 25 de junio de 1474 al canónigo portugués Fernao Martins.

"Todo el esfuerzo del ligur consistirá en adoptar los datos y noticias de toda índole, recogidos en esas obras, a la realidad que él conocía de antemano."⁽⁵⁾ Con esta afirmación Juan Manzano inicia la exposición de la complicada síntesis que Colón realizó en sus documentos entre un relato oral y privado y unas fuentes escritas depositarias del saber geográfico y enciclopédico del momento.

Desde el primitivo proyecto recogido en las famosas Capitulaciones de Santa Fe (17 de abril de 1492), donde se concede el almirantazgo en "todas aquellas islas e tierras firmes que por su mano o yndustria se descubrirán o ganarán en las dichas mares oceanas...", hasta su cuarto viaje de 1502 todos los textos colombinos van planteando una constante especialización y rectificación de aquella primera pluralidad geográfica. Escogiendo como centro de orientación la isla de La Española Cristóbal Colón distingue la existencia de dos diferentes tierras firmes, 1º) al oeste la tierra firme "de allá", la del Gran Khan o las regiones del Cathay, Mangui y Ciamba de Toscanelli, tierra que tras identificarla con Cuba le reconoció durante toda su vida un carácter asiático; y 2º) al sur la tierra firme "de acá", las actuales costas de Venezuela y las Guayanas en América del Sur, llamada por los indígenas Paria, y concebida por Cristóbal Colón en su tercer viaje (1498) como otro mundo, por el desconocimiento que se tenía hasta entonces de la inmensidad de aquel, en su opinión, apéndice final de Asia donde se situaba además el Paraíso Terrenal,

"(...)y Vuestras Altezas ganaron estas tierras, tantas, que son otro mundo, y donde avrá la christiandad tanto plazer, y nuestra fe, por tiempo, tanto acreçentamiento."⁽⁶⁾

"(...)Ni valía dezir que yo nunca avía leído que Príncipes de Castilla jamás oviesen ganado tierra fuera d'ella, y que esta de acá es otro mundo en que se trabajaron Romanos y Alexandre y Griegos, para la aver, con grandes exerciçios;(...)"⁽⁷⁾

"(...)porque creo que allí es el Paraíso Terrenal, adonde no puede llegar nadie salvo por voluntad divina. Y creo qu'esta tierra que agora mandaron decubrir Vuestras Altezas sea grandíssima y aya otras muchas en el Austro, de que jamás se ovo noticia."⁽⁸⁾

En una carta que Colón dirigió a doña Juana de la Torre en 1500 seguramente durante su regreso a España, encontramos incorporada la novedad de ese otro mundo asiático oculto hasta entonces, ciertamente relativa por sus fuentes bíblicas,

"Del nuevo cielo y tierra que decía Nuestro Señor por San Juan en el Apocalipsi, después de dicho por bocas de Isaías, me hizo mensajero y amostró aquella parte."⁽⁹⁾

Para Juan Manzano a partir de 1501 y tras la lectura del **Libro de Viajes de Marco Polo**, Cristóbal Colón concibió la idea de la separación de las dos tierras firmes ante la existencia de un estrecho de mar por donde pasó el veneciano al Océano Indico cuando regresó del Cathay. América del Sur dejaría de ser un nuevo mundo asiático para transformarse en un continente nuevo, como recoge la cartografía de la época fundamentalmente los croquis de Bartolomé Colón (1503-1506) y el mapa de Martín Walseemüller de 1507, quien le dio por equivocación el nombre de América, creyendo que había sido Américo Vespucio su verdadero descubridor.

De nuevo los textos de Colón muestran la proyección sobre la realidad americana de sus lecturas, la dependencia de unos modelos literarios previos que para Beatriz Pastor conducirían al "uso de la **verificación descriptiva** como modo de caracterización, modo inseparable de un proceso de selección de datos cuya consecuencia lógica e inevitable será la distorsión de la realidad por eliminación de toda una serie de datos concretos"⁽¹⁰⁾.

La famosa carta de Américo Vespucio llamada **Mundus Novus** (1503?) y escrita al regreso de su tercera navegación, fue la confirmación no sólo de una elección nominal sino del descubrimiento de una entidad geográfica distinta del orbis terrarum hasta entonces conocido. Sin embargo, como apuntaba Edmundo O'Gorman, textos posteriores de Cristóbal Colón y Américo Vespucio -**Lettera Rarissima** (1503) y la **Lettera** (1504) respectivamente- plantearon importantes rectificaciones o una extraña indeterminación que antes no había existido⁽¹¹⁾. Las crisis en el ensayo de los nombres propuestos fueron constantes, la acumulación y especificación de estos convertirá la realidad americana en un espacio de signos infinitos cuyo control se ejerce desde la escritura.

Antes de que la espada o la cruz se convirtieran en las principales armas de la conquista, las ceremonias de nominación de cuyas actas se ocupaba un notario real fueron los primeros actos de posesión en una tierra que pasaba a pertenecer a la corona española. Desde entonces, como plantea Angel Rama, se reclama "la participación de un **script** (en cualquiera de sus divergentes expresiones: un escribano, un escribiente o incluso un escritor) para redactar una **escritura**. A ésta se confería la alta misión que se reservó siempre a los escribanos: **dar fe**, una fe que sólo podía proceder de la palabra escrita, que inició su esplendorosa carrera imperial en el continente"⁽¹²⁾. La fiscalización del Estado puso en marcha un complicado sistema burocrático (títulos, fórmulas, contratos, ordenanzas, leyes...) que no sólo aumentó el número de letrados sino la presión ejercida sobre el carácter oral y la memoria social que estructuraban las culturas precolombinas.

El Inca Garcilaso de la Vega nos ofrece al principio de sus **Comentarios Reales** (1609) el balance filológico de todo un siglo de **transculturación**, en el "Prohemio al lector" al presentar y defender su "más larga y clara noticia" de los hechos a narrar conectará sin embargo su texto al de otros historiadores españoles, para "servirles de comento, glosa y de intérprete en muchos vocablos indios, que, como extranjeros en aquella lengua, interpretaron fuera de la propiedad de ella, (...) "⁽¹³⁾. A continuación coloca sus "Advertencias acerca de la Lengua General de los indios en el Perú" donde tras el comentario fonético destaca "el perjuicio y corrupción del lenguaje" quechua en las dicciones españolas y la necesidad que siente "forzado del amor natural de la patria" de atajar esa corrupción, avisando a sus lectores de "la novedad presente en contra del mal uso introducido" y del seguro gusto de "leer aquellos nombres en su propiedad y pureza"⁽¹⁴⁾.

Su pasión por la lingüística como fundamento corrector de la historia pertenece no sólo a la fascinación humanista por el lenguaje, sino también a la necesidad que siente el cronista de Indias de responder con una palabra vital, que crearía con su inserción en cada uno de los cuadros sobre los que se proyecta (la versión oficial, la relación con otros informantes, la responsabilidad ante el público peninsular y la defensa de la fama, entre otros) la aparición de "una constante raigal, profunda y permanente: la polémica, la discusión, el ataque, la corrección de los datos, la crítica de planteamiento, de desarrollo, de protagonismo"⁽¹⁵⁾.

En la historiografía indiana la verdad de lo narrado no pudo sostenerse únicamente a través de un yo actor o testigo, ya que lo sorprendente o hiperbólico de la realidad americana comprometía la veracidad del autor y le obligaba a renovar constantemente su argumentación si deseaba salvar la coherencia informativa. El problema no fue tanto qué cuento sino cómo lo cuento, donde por encima de la "fantasía persuasiva" funciona, como reconoce Enrique Pupo-Walker, el examen de la validez y la configuración misma del lenguaje utilizado, una introspección conflictiva que desde el siglo XVI caracterizará a la escritura americana⁽¹⁶⁾.

Raquel Chang-Rodríguez destacó la violencia y subversión de la prosa colonial hispanoamericana, el surgimiento de una escritura transgresora, la subversión de un discurso que no encaja en los patrones tradicionales, una batalla con el idioma cuyos textos funcionan como producto de la marginación⁽¹⁷⁾.

El lugar fundamental que ocupó la Escritura durante todo el Renacimiento plantea según Michel Foucault la presencia de dos formas indisociables en el saber del siglo XVI, "la

no distinción entre lo que se ve y lo que se lee, entre lo observado y lo relatado", y a la inversa "la disociación inmediata de todo lenguaje que se desdobra, sin tener jamás un término asignable, la repetición del comentario"⁽¹⁸⁾. Las crónicas de Indias fueron ejemplo emblemático de ese saber donde las cosas equivalen a toda la espesa capa de signos que se depositan sobre ellas, saber que se resuelve en interpretación, la imposibilidad de una palabra definitiva, un lenguaje que no cesa. América planteó un nuevo decir épico donde el autor transformó el deber de su palabra en la mejor existencia de sí mismo. Palabra-figura de las hazañas y aventuras de un lenguaje que queda en suspenso, los signos fueron el otro-yo, quizás el más verdadero.

La difícil postulación de la realidad pasó por todas y cada una de las relaciones posibles entre un mundo y su construcción a partir de otro: composición y descomposición, ponderación, ordenación, supresión y complementación, o deformación. Pero si tuviéramos que optar por alguna en la estilística americana elegiríamos el laborioso proceso de ficcionalización de un mundo real donde fue mucho más importante lo que se quiso ver que lo que se vio, el deseo y la figuración que la simple denotación. Esta mirada fue la culpable principal de la ficción frustrada de las epopeyas, las palabras dejaron de relacionarse con un mundo que sólo en apariencia representaban, nace así una escritura errante donde el texto se convierte en objeto de su propio relato.

Sin embargo este movimiento centrífugo del texto, que se presenta muy desarrollado en las crónicas del fracaso donde la palabra es defendida como el mejor servicio, tuvo que ir integrando la oralidad de las culturas precolombinas. La falta de atención al idioma del otro que muestra Cristóbal Colón, el lenguaje por señas o termina en la incomprensión o le permite entender a su antojo, fue sustituida durante el proceso de evangelización que realizan algunos misioneros humanistas por una profundización en el lenguaje del otro.

En el "otro lenguaje" la memoria y la palabra ritual eran transmitidas en el Perú por aquellos "indios contadores" que tenían a su cargo los nudos y las cuentas historiales de los quipus, los amautas filósofos y los poetas Incas o harauicus, los "inventadores de versos". En México los viejos oradores y poetas decían los huehuetlahtolli, "testimonios de la antigua palabra", repetidos y memorizados sobre la base de sus códices. Los sabios indígenas no sólo se convirtieron en privilegiados informantes más o menos pasivos de un rescate documental, su aprendizaje del alfabeto latino les permitió comentar, glosar o leer los anales históricos, cantos y composiciones poéticas, cómputos calendáricos, noticias económicas, doctrinas religiosas, mitos y leyendas... amestizando la producción de unos manuscritos donde la sistemática tradición oral se expresaba por primera vez con letras.

En la literatura escrita en América desde el descubrimiento no dejarán de oírse nunca las voces de una colectividad cuya producción cultural tuvo que asimilar las nuevas circunstancias históricas, los testimonios atraviesan siglos, géneros y países: el Inca Garcilaso de la Vega, Guaman Poma de Ayala, la escritura religiosa de las misiones franciscanas y jesuíticas, la literatura gauchesca, el teatro de sainete rioplatense, César Vallejo, Arguedas, Roberto Arlt, Horacio Quiroga, Nicolás Guillén, Roa Bastos... El sincretismo fundamental entre oralidad y escritura se constituye en factor clave de las nuevas culturas heterogéneas, el regreso de una palabra entre los círculos viciosos de su aliento e infortunio (nuestros ojos apenas pueden alcanzarla).

NOTAS

(1) Cfd. Ramón Menéndez Pidal, **La lengua de Cristóbal Colón**, Austral, Madrid, 1978, págs. 20 y ss.

(2) J.H.Elliot, **El viejo y el nuevo mundo**, Alianza, Madrid, 1984, pág. 45.

(3) Alejandro Cioranescu, **Colón, humanista**, Prensa Española, Madrid, 1967, pág. 61.

(4) Juan Manzano Manzano, **Colón y su secreto. El Predescubrimiento**, Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid, 1989, pág. 209 y ss.

(5) **Ibidem**, pág. 213.

(6) Cristóbal Colón, "Relación del tercer viaje", **Textos y documentos completos**, Ed. Consuelo Varela, Alianza, Madrid, 1984, pág. 236.

(7) **Ibidem**, pág. 205.

(8) **Ibidem**, pág. 216.

(9) "Carta a Doña Juana de la Torre, ama del príncipe Don Juan", **Textos y documentos completos, op.cit.**, pág. 264.

(10) Beatriz Pastor, **Discurso narrativo de la conquista de América**, Cuba, Casa de Las Américas, 1983, págs. 60-61.

(11) Cfd. Edmundo O'Gorman, **La invención de América**, F.C.E., México, 1986, págs. 122 y 132.

Después de cuarto y último viaje Cristóbal Colón aceptó de nuevo la unión de dos hemisferios continuos ante la existencia de un istmo que separaba el Océano Indico del Atlántico, y el fracaso en el hallazgo del paso marítimo.

Vespucio en su **Lettera**, o en la versión latina de las **Quatour Americi Vesputti navegationes**, ya no emplea el concepto de "nuevo mundo", ahora se refiere a "nuevas tierras" que forman parte "del mundo".

(12) Angel Rama, **La ciudad letrada**, Ediciones del Norte, Hanover, 1984, págs. 8-9.

(13) Inca Garcilaso de la Vega, **Comentarios Reales**, Ayacucho, Caracas, 1976, pág. 6.

(14) **Ibidem**, pág. 7.

(15) Cfd. Mario Hernández Sánchez-Barba, **Historia y literatura en Hispanoamérica (1492-1820)**, Castalia, Madrid, 1978, pág. 32.

(16) Enrique Pupo-Walker, **La vocación literaria del pensamiento histórico en América**, Cremos, Madrid, 1982, pág. 37.

(17) Raquel Chang-Rodríguez, **Violencia y subversión de la prosa colonial hispanoamericana**, Porrúa Turanzas Studia Humanitas, Madrid, 1982, pág. XI.

(18) Michel Foucault, **Las palabras y las cosas**, Siglo XXI, Madrid, 1981, pág. 47.